

Pedro restaurado

Versículo clave: «*Cuando hubieron terminado de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Sí, Señor —respondió él—, tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas.*»
Juan 21:15

Pasajes seleccionados:
Juan 18:15-18, 25-27; 21:15-17

Tras su resurrección y durante un período de cuarenta días, Cristo estuvo siempre presente, aunque solo era visible de manera intermitente para sus discípulos. Durante ese tiempo, les aseguró a sus seguidores que había resucitado, fortaleció su fe y les dio instrucciones sobre sus funciones después de su ascensión. Una de estas ocasiones tuvo lugar en el «mar de Tiberíades», o mar de Galilea. Juan 21:1

Como parte de la lección de hoy, los discípulos experimentaron una pesca milagrosa después de que Jesús les diera instrucciones de echar la red por el lado derecho de la barca. Al principio no reconocieron a nuestro Señor, que estaba de pie en la orilla. Entonces, Juan —«el discípulo a quien Jesús amaba»— se dio cuenta de que el desconocido que estaba allí era el Señor resucitado y le expresó su convicción a Pedro. Juan 21:3-6

Pedro, un hombre de acción, y sin duda aún sufriendo en su corazón por su anterior negación de Cristo, se zambulló en el mar y nadó hasta la orilla,

pero evidentemente se mostró tímido cuando llegó a tierra. No se dirigió directamente a Jesús, sino que esperó y ayudó a tirar la red llena de peces a la orilla. Cuando la barca atracó y todo quedó amarrado y seguro, se dieron cuenta de que el desconocido tenía allí un fuego de brasas con pescado encima e invitó a los cansados a «venir a comer» con él. Juan 21:7-12

En la primera de tres preguntas similares, nuestro versículo clave registra que Jesús le preguntó a Pedro si lo amaba más que a la pesca. Jesús le dijo entonces por segunda vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús le dijo: Pastorea mis ovejas. Por tercera vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció porque Jesús le preguntó por tercera vez: «¿Me amas?». Él dijo: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas». Juan 21:16, 17

Al pensar en Pedro, recordamos que él dijo que, aunque todos abandonaran a Jesús, él no haría tal cosa. Cuánto debió de dolerle el corazón cuando oyó cantar al gallo, tal como había predicho el Maestro, pues negó a su Señor tres veces, mientras de su boca salían maldiciones (Mateo 26:69-75). Esta es una lección poderosa sobre nuestras propias debilidades humanas y la necesidad de mostrarnos misericordia unos a otros. En esta aparición a orillas del mar de Galilea, parece probable que, durante su conversación con Pedro, Jesús estuviera, en efecto, tranquilizándolo. Al hacerlo, el Maestro demostró que tenía confianza en que Pedro actuaría con cuidado en el futuro y continuaría entregando todo en el altar del sacrificio

hasta el final de su camino, después de ser reinstaurado como un siervo digno de su Señor.

Nuestra plena comprensión de este asunto seguramente nos llevará a tener un corazón conforme al de nuestro Padre Celestial. No solo buscaremos ser justos, rectos y puros en lo que hacemos, sino que también desearemos ser misericordiosos con los demás porque, al igual que nosotros, ellos también experimentan dificultades. Salmo 136:1-26